



Nací el 8 de febrero de 1928, hijo de una familia campesina acomodada, que vivía en un contexto de piedad y de la que formaban parte dos tías religiosas. El lugar es la Carrera. Un pueblecito a dos kilómetros de Barco de Ávila.

Mis primeros recuerdos de la infancia están marcados por la España revuelta de los años 34 y 36, con la noticia diaria de la quema de conventos y el miedo a una guerra que, al final, llegó. Mi niñez y mi juventud coinciden con la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial. En un ambiente de miedo, donde el hambre y el odio se conjugan y la fe es el único recurso para crear esperanza, me formé como hombre, haciendo del estudio mi quehacer diario.

En 1941 llegué al Seminario de Ávila. Tuve la suerte de coincidir con D. Baldomero Jiménez Duque, hombre culto, preparado, muy brillante y, ante todo, hombre de oración y hombre de Dios. A él y a mi madre les debo mi formación, y, quizá, mi vocación.

En aquellas fechas eran muy complicados los desplazamientos. Ni siquiera en vacaciones íbamos a casa. Sólo veníamos un mes en el verano, para ayudar a los padres en la dura tarea del campo; empleando el resto de las vacaciones en cursillos y todo tipo de preparación posible.

Dotado de una buena inteligencia, mis profesores deciden dedicarme al estudio. Creo que fue en la primera o segunda asamblea nacional de la HOAC, celebrada en Ávila, donde conocí a D. Eugenio Merino ya D. Guillermo Roviroso. Este contacto, supuso un giro copernicano en mis esquemas mentales: La conciencia del otro como presencia viva del Cristo. Sentir lo social como una exigencia personal. Reconocer el marxismo como una religión falsa. Me llevaron a sumergirme en el problema obrero, creando grupos que dedicábamos todos los fines de semana a convivir con los más desfavorecidos, y, cuando el diálogo no era posible, ayudar en silencio, aunque fuese a llevar todo el día la carretilla de un anciano o un enfermo que se veían obligados a seguir trabajando.

Reuniones, charlas, trabajo, convivencias, etc., generaron en una ciudad pequeña como Ávila todo un movimiento, del que, por los motivos que fuese, fui uno de los pioneros.

Quizá, por eso mi primer destino fue Armenteros. Una parroquia donde la guerra sembró la muerte, donde el odio a la Iglesia se mascaba y los sacerdotes se sucedían sin apenas aguantar el año. Fue un descubrimiento de la dura realidad que había seguido a la España de la desamortización, donde Mendizábal en 1835 entregó los bienes de la Iglesia a la burguesía de turno.

Aquellos monasterios, mejor o peor, proporcionaban ayuda y pan en los largos inviernos; los burgueses no daban nada. Esta observación que no he

encontrado publicada en ningún medio, es una evidencia tan dura como real, ante la presencia de las ruinas de los grandes hornos que encontré en mi parroquia, donde antaño se amasaba el pan para los pobres.

Convencido de que la mayor riqueza de estas tierras eran sus hombres, y que había que evitar otra guerra, decidí afincarme y dedicar toda mi vida a su promoción. Lo que nunca sospeché es que detrás de aquella decisión iba a surgir la realidad del Colegio que hoy tenemos. Es sencillamente un milagro de la Virgen.

A finales de los sesenta, inicié por libre en Salamanca la licenciatura en Filosofía, imprescindible para poder sostener el Centro. En el año 1974, ya con el título de licenciado, pude asumir la dirección.

Otros conocimientos:

En los años 1948 y 1949, acompañé a un seminarista enfermo en Madrid, José Robles, que después fue un Sacerdote ejemplar y murió en accidente. Empleaba el tiempo libre asistiendo a clases de medicina en el Hospital de "San Carlos" de Madrid, conocimientos que posteriormente me han sido muy útiles, ante los problemas médicos que se plantearon en el Colegio.

En los años 1958 y 1959, me desplazaba desde Armenteros a recibir clases como oyente en la Escuela de Arquitectura de Madrid, con el apoyo del profesor de la misma, D. Emilio Chinarro Matas, amigo mío. Ello me proporcionó unos conocimientos imprescindibles para llevar adelante las obras en el Colegio.

En enseñanza he asistido a infinidad de cursos, y he sufrido la LOGSE, la LODE, la Ley General de Educación, etc., que ciertamente tienen cosas buenas, pero también grandes desatinos. Espero que la Ley de Calidad sea un acierto y que la historia lo corrobore.

Armenteros, a 3 de marzo de 2004

**Juan Trujillano González**